

para el sentimiento y fatales á la libertad, del suplicio de Luis XVI, que no hubiese un poder en aquel cadalso. Fué el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones sin remedio. Este suplicio ofrecia la Francia á la venganza de los tronos, y de este modo daba cruelmente á la república la fuerza convulsiva de las naciones; la fuerza de la desesperacion. La Europa lo oyó y la Francia respondió. Las transacciones, la indecision y las negociaciones cesaron, y la muerte teniendo el hacha regicida en una mano y la bandera tricolor en la otra, fué escogida sola para negociador y para juez entre la monarquia y la república, entre la esclavitud y la libertad, entre el pasado y el porvenir de las naciones.



## LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier Saint-Fargeau.—Gabinetes de Europa.—Custine.—La Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalicion en lo esterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache, ministro de la Guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Feraig.—Jemmappes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

### I.

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con mas fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de reasumir en sí la impresion de todos y de llevar hasta el delirio y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecia que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le habia cometido ó tolerado, una de aquellas venganzas con que el cielo pide por la sangre de un justo,



la sangre de un pueblo entero. Algunos murieron de dolor al saber que se había consumado el suplicio, y otros perdieron la razón; mugeres hubo que se precipitaron del tejado de su casa á la calle, y de los puentes de París en el Sena. Hermanas, hijas, mugeres y madres de convencionales, prorrumpieron en reconvenções contra sus maridos y sus hijos. Aun no estaba ejecutado el suplicio cuando el decreto de muerte de Luis XVI, era ya vengado con la sangre de uno de sus principales jueces.

Miguel Lepelletier de Saint-Fargeau, de una antigua familia de la alta magistratura, y poseedor de una fortuna inmensa en el departamento del Yonne, hombre de mas ambicion que genio, habia desde el principio defendido el poder del rey en los Estados generales. Preveyendo la ruina de la monarquia de la Asamblea constituyente, se habia retirado á sus tierras, y pasado al partido del pueblo, afectando el celo y las complacencias de un hombre que tiene mucho que hacerse perdonar. Habiendo venido á ser el centro de las agitaciones de su departamento, el alma de los clubs, el instigador de los movimientos populares, le habian nombrado miembro de la Convencion nacional en Sens. El arzobispo de Sens, Lomenie de Brienne, antiguo ministro de Luis XVI, tráfuga brillante de la Iglesia á la filosofia, habia asistido con traje civico y gorro encarnado, á la eleccion de Miguel Lepelletier. El clero y la aristocrácia acababan de abdicarse así, con los pies en la sangre, en manos del pueblo. El arzobispo de Sens preveyendo las terribles mudanzas de una popularidad que pedia tales sacrificios, llevaba ya consigo un veneno preparado por Cabanis y enviado por Condorcet, de que debia servirse algunos meses despues. Lepelletier de Saint-Fargeau presentia el puñal de un realista. Uno y otro eran próximos mártires de su nueva causá; uno por sus propias manos, otro por manos de un asesino.

De mas importancia por su nacimiento y por sus riquezas que por su palabra, Lepelletier de Saint-Fargeau tenia en la Convencion y en los Jacobinos la especie de influencia que los nombres que se tiene costumbre de respetar, conservan algun tiempo en los partidos de donde descenden. Presidia algunas veces en los jacobinos, y obedecia siempre la voluntad de Robespierre. Nadie sabe mejor adular á los dueños del pueblo, que un aristócrata instruido en la adulacion de las córtes. Visitaba mucho al duque de Orleans y premeditaba, dicen, el matrimonio de su hija única, con el hijo mayor de aquel príncipe. Lo inmenso de la dote debia suplir á la desigualdad de nombres, y la conformidad de los principios revolucionarios borrar la distancia de los rangos. Su fortuna y su patrocinio en los departamentos de la Borgoña, agrupaban en torno suyo diez ó doce miembros de la Convencion, que tenian la vista fija en su voto, para seguirle. Estos doce votos, variando solo con una seña de Saint-Fargeau, hacian una diferencia de veinte y cuatro en el proceso del rey. Por la indecision y la balanza de los sufragios, la responsabilidad de la vida ó de la muerte de Luis XVI podia caer sobre Lepelletier. Los realistas lo sabian y habian hecho misteriosas sollicitaciones á Saint-Fargeau, que habia ofrecido un voto de clemencia. Los jacobinos, instruidos de estas negociaciones, habian exigido que los desmintiese por un acto que comprometiese su cabeza, y habia prometido un voto inflexible. En la hora decisiva cumplió la palabra á los jacobinos y votó la muerte. Los realistas habian detestado dos veces este voto. El regicidio era ademas una traicion á sus ojos.

## II.

Entre aquellos realistas habia un jóven llamado Páris, hijo de un empleado en la administracion de los bie-



nes del conde de Artois. París había entrado en la guardia constitucional de Luis XVI en el momento en que el celo había reunido en este cuerpo á todos los defensores que quedaban al rey. Desde el principio de la guardia constitucional se había quedado espiondo todas las ocasiones de sacrificarse por su causa. Audaz por su actitud intrépido de corazón y de mano diestra, aparecía armado en todos los lugares públicos, animaba á los realistas, hacia frente á los jacobinos, reprendía al pueblo, amotinaba las mugeres y conseguía escapar siempre al odio de los jacobinos por la fuerza de su sable ó por el secreto de su asilo. Este jóven era del número de aquellos que debían atacar la escolta del rey cuando le condujesen al suplicio, y de los que tramaban un levantamiento para forzar las puertas del Temple. Había esperado hasta el último momento que la Convencion no llevaria á cabo el regicidio; cuando supieron el voto de muerte y la negativa del plazo, su cólera y su dolor se exaltaron hasta la demencia. Conoció en sí aquella irresistible necesidad que algunas veces se apodera de las almas apasionadas, de protestar solo contra un pueblo. Abrazó á su querida, jóven perfumista en el Palacio Real que le daba asilo, como para decirle un eterno adiós. Ocultó su sable bajo la capa, y salia sin saber lo que iba á hacer; pero decidido á que fuese algo memorable.

En esta disposicion París anduvo errante largo rato debajo del peristilo y en los patios, esperando que la casualidad le ofreciese por víctima al duque de Orleans. Pero el azár le engañó, el príncipe no pareció y París acompañado de uno de sus amigos, entró en casa de un fondista de Palais-Royal llamado Febrice. Los salones subterráneos de este fondista parecían cuevas mal iluminadas por tragaluces. Una apariencia de pobreza muy comun en aquellos tiempos, en que la riqueza era bastante para sospechar la aristocracia, condujo allí aquel día al opulento Lepelletier.

Comia solo, en una mesita pequeña, y en una sala oscura inmediata á donde estaba París, á quien su fiebre impedía comer, y hablaba en voz baja con su amigo del voto de la víspera, del suplicio del día siguiente, y de la cobardía del pueblo. La mal contenida rabia de su alma se mostraba en el tono de su voz y en su fisonomía. Al verle los que estaban inmediatos tenian el presentimiento de la demencia ó del crimen. Su compañero le hablaba á media voz, menos como un amigo que disuade que como un cómplice que anima. Dos ó tres veces durante la comida, se levantó París con una precipitacion convulsiva, salió y volvió á entrar, como un hombre que espía á alguno. Cuando acabó de comer cruzó sus brazos sobre el pecho, bajó la cabeza y aparentó reflexionar. Sus estraviados ojos recorrian maquinalmente las caras de los asistentes sentados en diferentes mesas. Nombró uno á Lepelletier y París que no conocia personalmente, ni sabia el voto del representante de Sens, se acercó á él y le dijo apostrofando al diputado: «¿Sois vos quien se llama Saint-Fargeau?»—«Yo soy, respondio, ¿qué me quereis?»—«Teneis cara de un hombre de bien; ¿no habeis votado la muerte del rey, no es verdad?»—«Os equivocais, replicó Saint-Fargeau con tono de dolor y de firmeza, la he votado porque mi conciencia me lo mandaba así.»—«¿Has votado la muerte! pues bien; toma, ahí tienes lo recompensa!» Al decir estas palabras París hace un movimiento para separar el embozo de su capa y para buscar el puño de su sable; Saint-Fargeau se levanta, coge un cuchillo y estienda las manos para cubrirse; pero París mas pronto que el pensamiento, desenvaina su sable, le sepulta en el corazón de Lepelletier, y se evade por un pasadizo. Saint-Fargeau fué conducido moribundo á una cama; preguntó quien era el que le acababa de herir, y espiró algunos momentos despues.

Se dijo haber tenido en su agonía el gozo sublime y que habia pronunciado las palabras propias del martirio,



y se divulgaron estas palabras solemnes por el pueblo, para añadir el culto de la víctima al horror contra el realista asesino. El sablazo de París hizo de Lepelletier un grande hombre, y un decreto abrió el Panteón á su féretro. Se le dispusieron honras nacionales, menos como un homenaje á su memoria que como una solemne venganza de la opinion que le habia herido.

Por la noche se reunieron grupos furiosos en el Palais-Royal á la puerta del fondista, alrededor de la camilla en que llevaban el inanimado cuerpo de Lepelletier. Muchos oradores populares contaban solemnizándolas, las circunstancias de aquella muerte, y la presentaban como el primer acto de una inmensa conjuracion que amenazaba la vida de todos los diputados fieles al pueblo. En Palais-Royal se veian relucir sables desnudos para vengar á Saint-Fargeau. Entre aquella multitud que temblaba al oír el nombre del asesino y que pedía á grandes gritos su sangre, París se paseaba con su amigo en el jardín. Uno de los realistas testigos de la muerte, le encontró y conoció y habiéndole hecho un signo de terror y asombro, le dijo París por lo bajo. «Mi día aun no concluyó, yo encontraré al que busco, aquí ó en la Convencion, y le enviaré á reunirse con el otro.» La policia que buscaba por todas partes al asesino, escepto sobre la misma escena del crimen, le dejó toda aquella noche y todas las de las de la semana siguiente, presentarse impunemente en Palais-Royal.

Ocho dias despues de su crimen salió de París, con su querida y su hermano, niño de doce años, conservando el mismo traje que llevaba el dia del asesinato, y esperaba embarcarse en Dieppe para Inglaterra. Su querida y su hermano solo le acompañaron hasta Gisors, desde donde marchó solo á pie por caminos de travesía, hácia la pequeña villa de Forges-les-Eaux. Entró en una taberna del arrabal, y pidió cena y cama, sentándose á la chimenea, mientras se la preparaban en la sala co-

mun. Habia alli algunos buhoneros, que hablaban entre sí de las cosas del dia, en cuya conversacion se mezcló París. «¿Qué piesen aqui, les preguntó con aparente indiferencia, de la sentencia y del suplicio del rey?» — «Se piensa, le respondió un mercader, que hicieron bien en inmolarle, y que hubiera sido necesario inmolár á todos los tiranos con el mismo golpe.» La indignacion de París, mayor que su prudencia, se descubrió, al oír aquella respuesta, por un movimiento involuntario. — «¡No habré de encontrar murmuró bastante alto para poder ser oído, en todas partes, sino asesinos de mi rey!» y se retiró al cuarto, que le habian preparado, donde cenó con tranquilidad. Los hombres que le observaban á través de los cristales, le vieron besar muchas veces su mano derecha, como para darle gracias de la justicia que habia llevado á efecto. Despues de cenar pidió pluma y tinta, y escribió sobre su diploma de guardia del rey algunas líneas, metió una pistola debajo de la almohada y se acostó.

Entretanto, los buhoneros y el posadero fueron por la mañana muy temprano á despertar al alcalde y á la gendarmeria de Forges, y les dieron parte de las conjeturas que los gestos y las palabras de un viagero sospechoso les habian inspirado la víspera. Los municipales, con sus fajas tricolores, y los gendarmes con el sable desenvainado, entraron en el cuarto de París, que dormía profundamente, y le despertaron: miró á los gendarmes sin turbarse, y les dijo: — «¿Sois vosotros? os esperaba. — Enseñad vuestro pasaporte. — No le tengo. — Seguidnos al ayuntamiento. — Os sigo.»

Al decir estas palabras, mete la mano debajo de la almohada saca su pistola y se hace saltar el cráneo, antes que los gendarmes hubiesen podido comprender ni prevenir su movimiento. Se halló sobre su corazon el diploma de guardia del rey, en el que habia escrito la víspera las siguientes palabras: «Este es mi diploma de honor; que no se incomode á nadie, no tuve cómplices en la di-



chosa muerte del malvado Saint-Fargeau; sino le hubiese encontrado por casualidad, hubiera hecho una accion mas bella purgando la Francia del parricida Orleans. Todos los franceses son unos cobardes.»

Al saberse la noticia de aquel arresto y de aquel suicidio, la Convencion envió á Legendre y Tallien á Forges-Eaux, para asegurarse de la identidad del cuerpo. Legendre queria que se le trajese á París y se le arrastrase por las calles, á lo que se opuso Tallien, y habiendo consultado á la Convencion, esta repugó aquella venganza en un cadáver; pero fué arrojado como un bestia feroz en un hoyo, en lo mas espeso de un bosque de las inmediaciones del pueblo.

### III.

La Convencion hizo los funerales á la victima tres dias despues del asesinato. El genio trágico de Chenier habia diseñado el espectáculo, tomando por modelo los funerales heróicos de la antigüedad. En lo mas elevado de un catafalco, conducido sobre el pedestal vivo de cien federados, estaba estendido medio desnudo sobre un lecho de parada el cadáver de Lepelletier. Uno de los brazos colgaba, como para implorar la venganza; la otra herida por donde se habia escapado su vida, se abria teñida de sangre sobre su pecho: el sable del asesino estaba desenvainado encima del cuerpo de la victima; los vestidos ensangrentados iban colocados como un estandarte, en lo alto de una pica. El presidente de la Convencion subió las gradas del catafalco y colocó una corona de encina mezclada con estrellas de siempre vivas, sobre la cabeza del cadáver, y el acompañamiento se puso en marcha despues de un redoble de los tambores cubiertos de gasa, y al son de una música lúgubre, cuyos instru-

mentos á la sordina parecian mas quejarse que henchir el aire. La familia de Lepelletier, vestida de luto, iba á pie detrás del cuerpo del padre, del hermano y del esposo asesinado. En medio de los setecientos miembros de la Convencion, se levantaba una bandera flotante sobre la que estaban inscritas en letras de oro, las últimas palabras atribuidas á Saint-Fargeau: «Muero contento de verter mi sangre por la patria; espero que servirá para consolidar la libertad y la igualdad, y para hacer reconocer á los enemigos del pueblo.» Toda la poblacion iba detrás; los hombres llevaban en la mano coronas de siempre vivas, y las mugeres ramas de ciprés. Entonábase himnos á la gloria del mártir de la libertad y al esterminio de los tiranos.

Al llegar al Panteon el cortejo, ya halló el templo de la revolucion invadido por la multitud. El cadáver levantado por las oleadas del gentío, que disputaba el espacio á la Convencion, estuvo á pique de caer sobre las escaleras del peristilo. Felix Lepelletier, hermano de la victima, subió al estrado, arengó al pueblo en medio del tumulto, comparó á su hermano con el mayor de los Gracos, y juró imitarle. Al dia siguiente Felix Lepelletier, llevando por la mano á la hija de su hermano, niña de ocho años, la presentó en pompa vestida de luto á la Convencion. La niña adoptada por la nacion, fué proclamada por un decreto de entusiasmo, hija adoptiva de la república.

### IV.

Las opiniones de los departamentos se dividieron con la muerte de Luis XVI. La Vendée, cuyas sublevaciones referiremos bien pronto, halló en aquel acontecimiento la desesperacion que impulsa á los pueblos á la guerra civil. Calvados, los Cevennes, y la Gironda, participa-



ron de la indecision, del entusiasmo, del patriotismo y de los arrepentimientos de sus representantes, pero la noticia de la guerra ahogó bien pronto las recriminaciones reciprocas, realizándose las profecias de Salles, de Brissot y de Vergniaud. La Europa atraida por las doctrinas de la libertad, retrocedia á la vista del cadalso de un rey, y juzgaba este suplicio con la imparcialidad de la distancia. Las negociaciones tan hábilmente principiadas por Dumourisz, Brissot, Danton y el ministro Lebrun, y tan perfectamente acogidas por la Prusia, se cortaron antes de estar del todo anudadas por el hierro de la guillotina.

Dirijamos una mirada sobre el estado de estas negociaciones, y sobre la disposicion de los gabinetes de Europa respecto de la revolucion francesa, en el momento en que la muerte de Luis XVI decidió la segunda coalicion.

Despues del combate de Valmy, de la marcha de Dumouriez á Paris, dejamos al ejército coaligado bajo las órdenes del rey de Prusia y el duque de Brunswick, volviendo á repasar en desórden los desfiladeros del Argonne, y replegándose sobre Verdun y Longwy. Todo anunciaba una inteligencia secreta entre los prusianos y los franceses. Kellermann, que queria perseguir, recibió dos veces de los comisionados la orden para dejar paso al enemigo.

Cualquiera marcha del ejército francés, calculada por la del ejército prusiano, se señalaba en las entrevistas que tenian los gefes de los cuerpos opuestos. Se entabló una conferencia á media legua de Verdun, en medio del campo, entre los generales Labarolliere y Galbaud de una parte, el general Kalkreuth y el duque de Brunswick de otra. El motivo era la restitucion de Verdun sin combate al ejército francés. Nuestros generales tuvieron la arrogancia de una causa nacional; el alma de la Convencion habia pasado á los campamentos. «Nacion

admirable, dijo el duque Brunswick, apenas se ha declarado república, toma ya el lenguaje de los republicanos de la antigüedad!» Habiendo contestado Galbaud que los pueblos se pertenecian, y podian escoger el gobierno que los engrandeciese mas ó que los defendiese mejor, el duque se escusó humildemente de los términos de su manifiesto, y dijo que eran protocolos de amenazas que se arrojaban á los pueblos para intimidarlos antes del combate; pero cuyo valor apreciaban los hombres inteligentes. «No disputo de ningun modo á la nacion francesa, continuó, el derecho de arreglar sus negocios; solo pregunto ¿ha escogido la forma que conviene mejor á su caracter? Ved ahí la inquietud y la duda de la Europa. Al adelantarme en Francia, no tenia otro deseo que el de contribuir á restablecer en ella el órden.» Galbaud respondió, que el órden establecido por un extranjero, se llama servidumbre en todos los pueblos. Se convino en esperar las órdenes del rey de Prusia sobre la rendicion de Verdun: se sacrificó mutuamente á los emigrados, por horror á un partido y por sospecha de otro. «Continuad ambos en servir bien á vuestra patria, dijo el duque de Brunswick á los dos generales al separarse de ellos, y creed, que á pesar de los términos del manifiesto, no se puede menos de apreciar á los guerreros que aseguran la independencia de su pais. «Verdun fué entregado, y entró el general Valence. En la altura de Longwy, los de Hesse y los austriacos que hacian parte del ejército combinado, se separaron de los prusianos, y pasaron sobre Luxemburgo, Coblenz y los Paisés-Bajos, amenazados por Dumouriez: la coalicion quedaba disuelta de hecho, y el territorio francés evacuado.

## V.

Esto no era bastante. El duque de Brunswick acampado cerca de Luxemburgo, hizo pedir una entrevista al



general Dillon, y señaló como sitio de reunion el castillo de Dambrouge, entre Longwy y Luxemburgo, para oír proposiciones de paz. Kellermann, autorizado por los comisarios de la Convencion fué allá, y encontró reunidos al duque de Brunswick, al príncipe de Hohenlohe, al príncipe de Reuss, embajador del emperador, y al marqués de Lucchesini, diplomático italiano al servicio de la Prusia. «General, dijo el duque de Brunswick á Kellermann, os hemos dado esta cita para hablar de paz; sentad vos mismo las bases de ella.—Reconoced la república, abandonad al rey y á los emigrados: no os mezcléis ni directa ni indirectamente en nuestros asuntos interiores, y la paz será muy fácil, respondió Kellermann. «Pues bien, dice el duque, nosotros nos volveremos.—Pero ¿quién pagará los gastos de la guerra? preguntó con arrogancia Kellermann, porque yo creo que habiendo el emperador sido el agresor, los Países-Bajos austriacos deben indemnizar á la Francia.» El príncipe de Reuss, enviado del emperador, hizo un movimiento que indicaba la admiracion que le causaba tanta audacia: el duque de Brunswick fingió no notarlo. «Anunciad á la Convencion, dijo á Kellermann, que estamos dispuestos á la paz, y que puede nombrar plenipotenciarios y señalar el punto de las conferencias.»

Semejantes proposiciones despues de la humillacion de una retirada, y respecto de una nacion separada de toda la diplomacia, indicaban bastante de parte del rey de Prusia, el arrepentimiento de una demostracion temeraria y el pensamiento de hacer alianza con la república. Su ministro Haugwitz, su secretario intimo Lombard, su querida la condesa de Lichtenau, y Lucchesini sobre todo, que tenía en los consejos toda la gracia del cortesano, y toda la insinuacion de la astucia, le inclinaban de concierto al partido de las negociaciones, que son el campo de la intriga. Lucchesini, cada vez mas influyente en Prusia, y que tenía el genio de la diploma-

cia italiana, debía buscar las ocasiones de ejercerla. Si el gabinete austriaco tiene la paciencia germánica por caracter, el maquiavelismo, trasportado en Alemania por Federico, ha sido con frecuencia el genio del gabinete prusiano. Lucchesini, nacido en Toscana, educado en Berlin, acostumbrado desde la infancia á los disimulos de la diplomacia; dotado por la naturaleza del deseo de agrandar y seducir, era el hombre mejor preparado por las circunstancias para mezclarse entre una revolucion republicana y las monarquías, y para anudar los hilos del egoismo prusiano á todas las políticas, sin entregarse definitivamente á ninguna.

Estas negociaciones atestiguaban el terror que habia infundido en toda la Alemania, la retirada del ejército combinado. Esta retirada delante de fuerzas tan desiguales y despues de manifiestos tan amenazadores, no podia esplicarse por sí misma, pareciéndose mas á un manejo de gabinete, que á una operacion de guerra. De dos cosas una: era necesario dudar del genio militar del duque de Brunswick, ó de su sinceridad. De lo primero no se dudaba, se buscaban las causas ocultas de sus agitaciones y de su lentitud; demasiado parecidas á la traicion. Un motivo mas serio y mas oculto aun, parecia que habia obrado en las inesplicables resoluciones del duque de Brunswick. Pitt no queria la guerra, y el duque se habia casado con la princesa Augusta, hermana de Jorge III rey de Inglaterra, por lo tanto era un cliente en la Gran-Bretaña. Aspiraba con la pasion de un padre, y con la ambicion de un soberano, á que su hija se casase con el heredero del trono de Inglaterra. Pitt, que conocia aquella ambicion de la corte de Brunswick, la aduló é hizo que aquel matrimonio fuese el precio de las complacencias políticas y militares á voluntad del gabinete de Lóndres. El duque cedió, detuvo la marcha de la guerra, dió oídos á la paz, desanimó al rey de Prusia, y vino á ser él mismo el Ulises de la coaliccion que



le había nombrado su Agamenon. Sus astucias perdieron lo que su espada había prometido hacer triunfar.

## VI.

Entretanto que estas sordas negociaciones desconcertaban al Austria, y preparaban la Alemania del Rhin á la idea de fraternizar bien pronto con la Francia: la temeridad feliz, pero importuna de un general francés, vino á la vez á cubrir de gloria las armas de la república, á asustar la Prusia y á forzar el imperio aun indeciso, á declarar la guerra á la Francia: queremos hablar de la expedición de Custine.

El conde Adam-Philippe de Custine era uno de esos generales del antiguo ejército, que habían ido á respirar en América el aire de la libertad, y que habían vuelto con La Fayette, republicanos de corazón, aunque aristócratas de sangre. Casi alemán, nacido en Metz de una familia ilustre, propietario de una inmensa fortuna, coronel de dragones á los veinte y un años, discípulo del gran Federico en sus últimas guerras, fanático por la táctica prusiana, celoso hasta la aspereza de la disciplina, había visto con embriaguez que la revolución, dividiendo la Europa en dos campamentos, ofrecía á los militares de su grado y de su ciencia, la ocasión de igualarse á los héroes antiguos, salvando la patria. Además Custine tenía por la causa republicana aquel entusiasmo casi místico, que el carácter alemán imprime á las opiniones. La revolución para él era un ideal sublime, al que todas las naciones debían aspirar, siendo muy bello para la Francia llevar la bandera en la punta de sus bayonetas. Su valor personal tenía á la vez la calma germánica y la alegría francesa. El fuego era su elemento, el caballo su lecho de descanso, la carga su

reposo. Un día, que su ayudante de campo Baraguay de Hilliers á caballo á su lado, le leía un despacho en medio del fuego, una bala atraviesa el papel. El ayudante mira á su general y se detiene. «Continuad, dice Custine; la bala solo habrá llevado una palabra.»

Custine, nombrado miembro de la Asamblea constituyente por la nobleza de Metz, se afilió, desde el primer día, en el partido del pueblo. Desde el principio de la guerra, sirvió á las órdenes de Biron en el Norte y en el Rhin. Nombrado por fin general en jefe despues del 10 de agosto, se impacientaba con aquella guerra de campamentos, que daba tan poco vuelo al talento y tan pocos azares á la gloria. Creía que el movimiento era lo principal del arte militar, y que en lugar de esperar la fortuna de la revolución en las fronteras, la Francia debía ir á tantearla en los territorios y en las capitales de sus enemigos. Nacido general como Dumouriez, adivinaba como Napoleon la guerra de la revolución.

Mandaba Biron en Alsacia cuarenta y cinco mil hombres, y esperaba además veinte mil voluntarios de los departamentos del Este y del Mediodía, diseminados en las llanuras del Rhin. Este ejército formaba muchos pequeños campamentos á propósito para observar, pero inhabiles para obrar. Los austriacos y los emigrados á las órdenes de d'Erbach, d'Estherazy y del príncipe de Condé, formaban en frente un cordon sin unidad y sin concentración, que cubria el Brisgaw, y descuidaba fortificar á Maguncia, llave de la Alemania.

Custine vió de una ojeada el sitio por donde podía penetrar en aquellas provincias; pero estaba acampado en las inmediaciones Landau con diez y siete mil hombres. Unido en París con los gefes del partido jacobino mientras que Dumouriez se apoyaba en el de los girondinos, estaba seguro de que los clubs le perdonarían fácilmente la temeridad de una empresa que respondiese á su impaciencia, mas que las calculadas contemporiza-



ciones de Dumouriez. No se inquietó por desconcertar de este modo las negociaciones, que se anudaban entre Kellermann y el duque de Brunswick, ni de impulsar la Prusia á una guerra desesperada en el momento en que se inclinaba á la paz. Pensó en un golpe brillante, en la gloria que el feliz éxito de una invasion repentina daría á su nombre; en la popularidad que la toma de algunas capitales extranjeras daría á la guerra; en el terror que un golpe dado tan lejos imprimiría en el centro de la Alemania, y en la propagacion de las ideas revolucionarias que fermentaban en los electorados, y que encendería el primer cartucho francés.

Una imprudencia del enemigo decidió á Custine. El conde d'Erbach, que mandaba diez mil austriacos en frente del ejército francés, recibió la orden de reemplazar el ejército del príncipe de Hohenlöhe, que estaba delante de Thionville. Con este movimiento, Spira, almacén de los coligados, quedaba descubierto, bajo la protección de solo mil austriacos y de dos mil maguncianos mandados por el coronel Winkelmann. Custine se lanza sobre Spira, y Winkelmann, formado en batalla con sus tres mil hombres delante de la ciudad, se esfuerza en vano para defenderla. La artillería de Custine anonada aquellos defensores sin murallas, y corren en derrota hácia el Rhin, donde Winkelmann habia preparado embarcaciones para pasar el río. Los barqueros asustados con el cañoneo, habian abandonado sus barcas y huido al otro lado. Acosados por los franceses, y sin poder pasar el río, son hechos prisioneros Winkelmann y sus tres mil hombres; este era el resultado mas bello, que la guerra habia dado á los franceses desde que se habia declarado. Custine entra en Spira, se apodera de las municiones y de cuanto tenia allí el enemigo; marcha sobre Worms, y hace que resuene el ruido de sus conquistas en la tribuna de la Convencion, y en los clubs de los jacobinos de todo el reino. La revolu-

cion, que comprende mejor el número de las ciudades conquistadas, que los vastos y sábios planes de Dumouriez, proclama á Custine el general de sus conquistas. En tres dias su nombre aumenta un siglo de popularidad, y se embriaga él mismo con la noticia, que le llega por las felicitaciones de los jacobinos. Desdeña obedecer ó ligar sus operaciones con Biron y Kellermann, se aísla, entra en el Palatinado, y se atreve á concebir la conquista de Maguncia, cuyas puertas le abria la propaganda, antes que su cañon.

Estaba minada aquella parte de la Alemania por la filosofía francesa bajo el influjo de los príncipes eclesiásticos que la poseian. La teocracia de los obispos soberanos y la aristocracia de estas feudalidades sagradas, acumulaban sobre aquellos gobiernos el doble odio de los pueblos contra una doble dominacion. El estruendo de las tribunas francesas habia conmovido las imaginaciones de la juventud alemana en las universidades, donde todas las ideas eran del partido de la Francia. Servir la causa de la revolucion, era para los pensadores alemanes servir la causa de la humanidad. Hacer traicion á los príncipes tiranos de la inteligencia y del pueblo, era emancipar el espíritu humano y la libertad. Ni la conquista humillaba, porque se parecia á dar la libertad. La bandera tricolor era el estandarte de la filosofía en todo el universo; tal era la opinion que esperaba á Custine en el Palatinado.

Los príncipes de la Suabia y de la Franconia, exceptuando al arzobispo de Tréveris, conocian aquellas disposiciones de sus pueblos, y habian afectado hasta entonces una prudente neutralidad respecto de la Francia. El elector palatino de Baviera, el duque de Wurtemberg y el margrave de Baden, habian rehusado sus territorios para que se reuniesen los emigrados. El arzobispo elector de Maguncia habia prestado sus tropas al emperador, y su gobierno, mas dulce que el de los príncipes sus vecinos, era menos detestado del pueblo; pero Maguncia, ciudad



enteramente eclesiástica, especie de Roma alemana, en donde un innumerable clero vivía ocioso en medio del lujo y del desorden público de las costumbres, se prestaba mas que cualquiera otra capital á las recriminaciones contra el reino de la iglesia, y hacia desear con mas ardor al pueblo, la ruina de aquella soberanía. A los primeros pasos que dió Custine entre el Moselle y el Rhin, los partidarios de las nuevas ideas corrieron al cuartel general, llevando al comandante en jefe francés el secreto deseo de las poblaciones, y los primeros hilos de las inteligencias revolucionarias que los patriotas alemanes anudaban ya hacia tiempo con su ejército.

El coronel Houchard, hombre atlético, acerbillado de heridas, fué enviado para intimar al gobernador la rendición de Maguncia, amenazando á la ciudad con un bombardeo si se resistía. «Escoged, decía Custine en su mensaje, entre la muerte y la fraternidad. Yo debo á la gloria de mi república, que quiere el esterminio de los déspotas, no encadenar mas el ardor de mis soldados.» Maguncia pedía se reconociese su neutralidad por precio de su rendición. Custine se negó á prejuzgar nada de lo que resolviese la república; pero juró que la Francia no quería otra conquista que la de la libertad de los pueblos; y las puertas se abrieron.

## VII.

Resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia la toma de Maguncia como el estruendo de la misma Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes á la Convencion, los obstáculos militares que había tenido que vencer, y trasformando las negociaciones en asaltos, llevó hasta el entusiasmo entre los jacobinos, un triunfo que era el de nuestras ideas mucho

mas que el de sus armas. Entró en Maguncia mas bien como un apóstol que como un general, y fomentó allí el foco revolucionario con que queria incendiar la Alemania. Se olvidó con el triunfo de su conquista y descuidó apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreistein, que estaba entonces desarmada. Esta indecision de Custine impidió á la Francia que recogiese en un ejército entero destruido ó prisionero de guerra, el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez se ceder á los consejos de su estado mayor, que le mostraba á Ehrenbreistein y Coblenza, como las Horcas caudinas de la coalicion, Custine se dejó arrastrar á la ocupacion de Francfort por el cebo de los grandes tributos que recogeria en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de la Alemania. Sin ninguna declaracion de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de octubre á la cabeza de una vanguardia á las puertas de Francfort, y pidió entrar: los magistrados parlamentaron, cedieron á la fuerza y Custine pidió una contribucion de cuatro millones. Francfort, ciudad neutral y republicana, no daba mas pretexto á aquella violencia que su debilidad; aquellos despojos marchitaron la popularidad de nuestros primeros triunfos al otro lado del Rhin.

Despues de la ocupacion de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania, decía en sus manifiestos el general francés, declaraos; la reunion de las naciones sea un ejemplo aterrador para todos los déspotas, y una consoladora esperanza para todos los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía: ¡y tú, monstruo, dice dirigiéndose al soberano mismo, monstruo sobre quien se habían reunido desde hace mucho tiempo, semejantes á nubes negras, presagios de la tempestad, las maldiciones de la nacion alemana: tus soldados, de quienes has abusado, te entregarán á la justa venganza de los franceses! No les escaparás; ¿cómo seria



posible que se hallase un pueblo que concediese asilo á un tirano como tú?» Era la tribuna de los Jacobinos, resonando al otro lado del río por la boca de un general francés. Custine con su audacia, con su lenguaje, con su esterior marcial y popular, se miraba como el propagador armado de los principios republicanos; pero la espoliacion de Francfort quitaba á sus palabras todo lo que tenían de seductoras; la Alemania que abría sus brazos al libertador, no quería un conquistador y menos un espoliador. El entusiasmo encendido por las doctrinas francesas, se amortiguó bajo los pies de los soldados. El rey de Prusia justamente alarmado por la invasion de la Alemania, renunció con todo ahínco el pensamiento de separarse de la coalicion y á hacer pactos con la Francia; se puso de acuerdo con el duque de Brunswick, igualmente irritado por tanta audacia, y con los príncipes del imperio. Cincuenta mil prusianos y hessianos, reunidos con precipitacion en la orilla derecha del Lahn, se concentraron para operar contra Custine y libertar á Francfort.

## VIII.

Todo el imperio se conmueve, las proclamas republicanas de Custine y el decreto de la Convencion aparecen como otras tantas declaraciones de guerra á los ojos de los príncipes de la Germania, respondiendo á ellas la Dieta con una declaracion unánime de guerra á la Francia. Aquella ordena se haga un contingente triple de tropas, esto es, de cincuenta mil hombres. El rey de Prusia, por su cualidad de elector de Brandeburgo, anuncia tres dias despues, que va á hacer marchar un segundo ejército sobre el Rhin. Al ver aquella esplosion de las soberanias alemanas, Custine omnipotente en la Convencion por medio de los jacobinos, manda á Biron

que le envíe de Alsacia un refuerzo de doce mil hombre. Manda al mismo tiempo á Beurnonville, que habia reemplazado á Kellermann en el Mosela, marche á reunirsele por el electorado de Tréveris. Mientras se llevan á cabo estas medidas, el ejército prusiano y un cuerpo francés se forman en batalla junto á los muros de Francfort, como para disputarse aquella presa. Quedan dos mil hombres inactivos y espuestos en la ciudad, se aguarda el combate, pero el duque de Brunswick, que manda los prusianos y los de Hesse, continúa negociando sordamente y previniendo todo choque decisivo. El jóven diplomático Felipe de Custine, hijo del general en jefe, tiene una entrevista secreta con el duque de Koenigstein: el príncipe y el negociador se conocian desde hacia mucho tiempo. El jóven Custine era el que habia llevado un año antes al duque de Brunswick el ofrecimiento del mando general de los ejércitos franceses. Ambos sabian ocultar pensamientos secretos bajo los papeles oficiales que representaban. Compromisos serios entre la Prusia y la Francia no entraban en las miras del duque de Brunswick. Custine, negociador mas prudente que su padre, quería como Danton y los girondinos, conservar siempre una posibilidad de reconciliacion entre la Prusia y la república. El resultado de esta entrevista prueba el pensamiento de los dos negociadores.

Los franceses evacuaron á Francfort. Esta retirada sin combate de un campo de batalla escogido á su placer y atrincherado, y aquel abandono de Francfort, se esplican por estas secretas inteligencias. El rey de Prusia, siempre inclinado á la paz con la Francia, quería solo aquello que fuese indispensable para no hacer traicion á la causa de los tronos y á la causa de la Alemania. Los franceses querian contentarle combatiéndole.



## IX.

Habia favorecido hasta entonces la Inglaterra con sus deseos, el movimiento revolucionario. El pueblo inglés y el gobierno británico parecían estar de acuerdo en desear la fundación de la libertad constitucional en París; el pueblo inglés porque la libertad es su naturaleza, y porque tiene por causa propia la causa popular en todo el universo; y el gobierno británico porque la libertad es borrasca, y porque las tormentas que la fundación de la libertad debía inevitablemente suscitar en Francia, y por la Francia en todo el continente. No podía menos de abrir á la intervención diplomática de Inglaterra una carrera más vasta é influencias más decisivas en los negocios de Europa. Sin duda también un cierto sentimiento de venganza nacional debía regocijar al gabinete de Londres al ver las agitaciones de París, los apuros del trono y la precipitada decadencia de la casa de Borbon. Además de la larga rivalidad que hacia, desde ya tres siglos, de la Inglaterra y de la Francia los dos contrapesos decisivos del mundo, estaba en la naturaleza del corazón humano que el gabinete de Londres viese con satisfacción abatirse y desmoronarse en la persona de Luis XVI, un soberano que había enviado socorros á la América, cuando la guerra de su independencia.

A estos motivos de satisfacción secreta del gabinete inglés, preciso es añadir el temor que la marina francesa inspiraba a los ingleses en los mares y en las posesiones de las Indias Orientales. La marina francesa debía debilitarse durante una crisis revolucionaria que emplearía todas las fuerzas y todos los tesoros de la Francia sobre el continente. Sin embargo, el gabinete de Londres había conservado hasta entonces una actitud de observación y de neutralidad más bien favorable que hostil á la

revolucion. No solo exigía esta actitud el temor de que una grande coalición de las monarquías del continente triunfase sin ella de la Francia, y la borrase del mapa de las naciones; sino que se la imponía también aquel poder de la opinión que reina más que los reyes en los países libres, y que toma á las claras partido por el pueblo contra la monarquía absoluta y la iglesia destronadas. El odio al catolicismo no era menos popular en la Inglaterra, que el amor de la libertad política: aquel pueblo de pensadores miraba como la causa de Dios y del espíritu humano, una revolución que emancipaba los cultos y la razón. Sin embargo, la aristocracia inglesa principiaba desde la muerte del rey á fraternizar con la emigración francesa, y se formaban dos partidos en el parlamento británico.

Estos dos partidos estaban representados por dos gefes que les hacían luchar con su elocuencia en el parlamento, Pitt y Fox. Un tercer orador tan poderoso por el genio, por la pluma y por la palabra, había tenido algún tiempo indecisa la balanza entre los dos: principiaba á separarse de la causa popular, á medida que se manchaba con la anarquía y con la sangre, y á afiliarse al lado de la aristocracia y del trono: era Burke. La influencia personal de los individuos es tal en los países verdaderamente libres, que estos tres hombres agitaban ó pacificaban la Inglaterra con un solo movimiento de su imaginación.

## X.

Pitt, entonces de edad de treinta y tres años, gobernaba ya hacia diez su país. Hijo del más elocuente de los hombres de Estado modernos, lord Chatham Pitt, según ya hemos visto, recibió como por derecho de herencia de genio en su familia facultades tan grandes como



las de su padre. Si el primer Chatham, tenía la inspiración, el segundo tenía el carácter de gobierno. Menos á propósito para seducir, pero mas para dirigir; menos elocuente, pero convenciendo mas que su padre, Pitt personificaba mejor que nadie en él aquella voluntad orgullosa, paciente y continua de una aristocracia reinante que deliende su poder y que prosigue en su grandeza con una obstinacion que recuerda la eternidad del senado de Roma. Pitt se había apoderado del gobierno en uno de aquellos momentos desesperados en que la ambicion que conduce al poder se parece al patriotismo que se lanza á una brecha para perecer ó salvar la patria. La Inglaterra estaba en el último grado de abatimiento y de humillacion, y acababa de firmar una paz vergonzosa para ella con la Europa. Los franceses eran sus rivales en las Indias; la América se le escapaba; nuestras escuadras le disputaban los mares; la mayoría de la cámara de los Comunes, corrompida por los ministerios anteriores, no tenía ni el patriotismo suficiente para salvarse á sí misma, ni la disciplina necesaria para aceptar un dueño. Pitt, no habiendo podido ganarla, tuvo la audacia de combatirla y la felicidad de vencerla, haciendo un llamamiento á la nacion. La nueva cámara se sometió á él, y en diez años había pacificado las Indias; reconquistado diplomática y comercialmente la América; templado la irritacion sediciosa de la Irlanda; restablecido la hacienda; concluido con la Francia un tratado de comercio, que imponía á la mitad del continente el tributo de los consumos ingleses; y en fin, arrancó á la Holanda á la proteccion de la Francia, é hizo de las Provincias Unidas, un apéndice de la política británica en tierra-firme. Su país, reconocido, aplaudía su administracion y tenía una entera confianza en la mano que tanto había levantado la nacion. Los sentimientos personales de Pitt, respecto de la revolucion francesa, aunque poco favorables á las agitaciones democráticas, que son las tor-

mentas de los hombres de Estado, hasta entonces nada habían influido en su política. Nunca turbaban las pasiones su inteligencia, ó mas bien había convertido todas sus pasiones en una sola, que era la grandeza de su país. Jorge III, amigo de Luis XVI, no hubiera permitido á su ministro declarar la guerra á la Francia en un momento en que aquella podía complicar los apuros del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés haya suscitado á precio de oro los tumultos revolucionarios de París: la libertad francesa, aun en sus convulsiones mas terribles, jamás tuvo necesidad de ser pagada por la Inglaterra. El alma de Jorge III, de lord Stafford, del canceller Thurlow y del mismo Pitt, hubiera repugnado emplear tan vergonzosas escitaciones contra un soberano que tenía que lidiar con su pueblo. Empero Pitt no hubiese sacrificado á su conmiseracion por Luis XVI un minuto ó una ocasion que se ofreciese á la fortuna de su país. Preveía esta ocasion; tenía el presentimiento de la caída mas ó menos próxima de un trono minado por tantas pasiones desencadenadas. Sabía que los principios de la revolucion francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey, y á la masa de la aristocracia de Inglaterra. Se preparaba á la guerra para el tiempo en que le pareciese quererla el rey, sin desecharla ni adelantarla; ese tiempo se acercaba, y Burke lo decia ya en el parlamento.

Ya se ha visto que los constitucionales y los girondinos, Brissot y Narbonne, de acuerdo sobre un mismo pensamiento, enviaron diez y ocho meses antes de esta época á Mr. de Talleyrand á Lóndres, para recordar la revolucion de 1688 y ofrecer á Pitt la renovacion del tratado de comercio de 1786. A este precio Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, si no la alianza, al menos la neutralidad del gabinete inglés. Estos dos partidos, los constitucionales y los girondinos, que querian entonces la guerra con el continente



para dirigir hácia las fronteras las tormentas que amenazaban la constitucion de París, tenían necesidad de neutralizar la Inglaterra. Escogieron para negociar con Pitt, el diplomático mas aristócrata y seductor entre los hombres que habían abrazado la causa moderada de la revolución. Madama de Stael había decidido esta elección, que era feliz.

## XI.

Empezaba entonces Mr. de Talleyrand á ocuparse de los asuntos que ha manejado, anudado y desanudado despues sin interrupcion durante mas de medio siglo, y que solo abandonó á su muerte. Tenia treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba en sus ojos azules una inteligencia luminosa, pero fria, cuya prevision jamás turbaban las agitaciones del alma. La elegancia de su crecida estatura apenas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero esta enfermedad se parecia á una indecision voluntaria de la postura de su cuerpo. Su destreza sabía cambiar en gracias hasta los defectos de la naturaleza. Este solo vicio de conformacion le impidió entrar en la carrera de las armas, á la que le llamaba su elevado nacimiento. Su talento fué la única arma que pudo emplear para abrir á su nombre una carrera en el mundo. Se había enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambicion ó para las conquistas de la inteligencia; su voz era grave, dulce y sonora como la emociion oculta de una confidencia. Se conocia al oírle, que era el hombre que hablaría mejor al oído de todas las potencias, pueblos, tribunos, mugeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en su sonrisa, se mezclaba en sus labios á un visible deseo de seducción; aquella sonrisa parecia indicar en él, una segunda

intencion de burlarse de los hombres agradándolos ó gobernándolos.

Nacido de una familia que había sido soberana de una provincia de Francia, antes de la unidad del reino, y que ahora adornaba el trono, Mr. de Talleyrand había sido dedicado á la iglesia, como un estorbo indigno de la corte, para esperar allí las mas altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autun, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el jóven prelado desdeñaba su silla; le repugnaba el altar y vivia en París en medio de la disipacion y los placeres, en que la mayor parte de los eclesiásticos de su edad y de su rango, consumian las inmensas dotaciones de su iglesia. Unido con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo muy próxima una revolucion, cuyas primeras sacudidas harían caer la religion, de que él era prelado, estudiaba la política que iba á llamar á todas las grandes inteligencias á destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, desertó á propósito, pero con miramiento, de las opiniones y las creencias arruinadas para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Había conocido que un nombre aristocrático y opiniones populares eran un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente en su persona á fin de imponer á los unos por su rango y á los otros por su popularidad. Había dejado su sacerdocio como un recuerdo importuno y como un traje incómodo; trataba de entrar en la revolucion por cualquiera puerta oculta. La medida y la reserva un poco tímida de su talento, que solo tenía audacia en el gabinete y para la concepcion de pacientes designios, no le permitía subir á la tribuna, donde la palabra enérgica reinaba entonces. Mr. de Talleyrand se inclinó á la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debían reinar siempre: la amistad de Mirabeau había arrojado al morir sobre Mr. de Talleyrand



uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que solo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyès, imprimía cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabia explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aun mas profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y esta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion y sus verdades no eran mas que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, estos no eran á sus ojos mas que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Tronos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastías, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un día mas que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural, que coloca al hombre de Estado encima de la inconstancia de los acontecimientos y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es mas que el sofisma

de la verdadera grandeza de alma; esta aparente burla de los acontecimientos debe principiar por la abdicacion de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazon y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A su propia ambicion; es aparecer á la cabeza de las cosas é ir tras de ellas; estos hombres son los aduladores y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolucion, que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

## XII.

El decreto de la Asamblea, que prohibia á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo, hasta despues de cuatro años de haber dejado de formar parte de la representacion nacional, prohibia á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decia á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo, formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto mas sólidos cuanto mas se ilustre el interés de las naciones.» Mr. de Talleyrand fué presen-